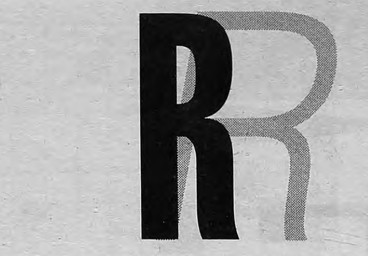
VERANO 12

USHUAIA

(Por Diego Fischerman) Quería decir que el agua era del color de sus ojos. No sería cierto. Sus ojos eran casi negros y el agua es allí azul. Había entrado en una galería de la calle San Martín, donde había un café más o menos agradable. Me senté con un libro y con las partituras de lo que iba a tocar esa noche. Era una época en que la Secretaría de Cultura permitía esa clase de excesos. Un modesto trío de Buenos Aires, formado por flauta dulce, clave y viola da gamba, viajaba miles de kilómetros para dar una serie de conciertos de música barroca en el sur de la Argentina. Y la última actuación era allí, tan al sur como era posible. Contra el mar, un cartel lo decía todo. Dos flechas absurdas que, cada una en un sentido opuesto, señalaban: La Quiaca-Océano Pacífico. Podría decir que sus ojos eran del color del mar a la noche. Tampoco estaría diciendo la verdad. Faltarían allí los destellos amarillos en el iris y el viraje al verde, a un verde oscurísimo, cuando en ellos se reflejaba, justamente, el reflejo de la noche en el mar.

Lo primero que noté de ella fue su ausencia de perfume importado. En un lugar en el que casi nadie tenía vivienda, en el que las casas prefabricadas se montaban una sobre otra, inclinadas en los terrenos fiscales de la falda de la montaña, nadie dejaba de usar perfume. A la mañana, los colectivos hedían a una mezcla de Opium, Farenheit, Obsession, First y Kenzo. Y ella fue una sombra que se acercó a mi mesa; una sombra sin perfume. "No vivís acá, ¿no?" No, le contesté, vine a tocar en un concierto. Recién en ese momento, creo, levanté la vista. La miré. Ella sí vivía allí. Había viajado con un marido ingeniero al que habían contratado en una de las plantas de armado de electrodomésticos. El marido había perdido el trabajo y había vuelto a Buenos Aires. Ella seguía allí. No era linda. Sonreía y los destellos amarillos brillaban en sus ojos casi negros. Yo también estaba solo en esa ciudad al borde del mar y la invité a sentarse.

PER



En su clásica discusión sobre el tema en la *Summa Theologica*, Tomás de Aquino califica a la Pereza, o *acedia*, como uno de los siete pecados capitales. Sostiene que "capital" significa "primario", o "a la cabeza", porque tales pecados dan origen a otros, pero debajo de su argumento, aunque sin perjudicar el poder del mismo, resuena un sentido adicional, y más oscuro, pues el término también quiere decir "merecedor del castigo capital". De allí el término equivalente: "mortal".

Pero, vamos, ¿no es un tanto extremo condenar a muerte por algo de tan poco peso como la Pereza? Imaginemos un diálogo entre dos condenados a muerte que esperan su fin en una mazmorra medieval. Uno le pregunta al otro:

–Mira, sin afán de ofender, ¿por qué te liquidan, después de todo?

–Ah, la historia de siempre. Vinieron en el momento equivocado, y yo terminé bajando la mitad de los hombres del alguacil con mi ballesta de dos codos; las saetas, de tres cuartos de pulgada, se dispararon con avance automático. Por ira, supongo... ¿y tú?

–Ah... bien... no fue por ira en mi caso...

–¡Ah! ¿Otro de esos casos de Pereza, verdad?

–...de hecho, ni siquiera fui yo.

–Uno nunca es, amigo. Mira, es casi la hora del almuerzo. ¿No serás escritor, por casualidad?

Los escritores, por supuesto, son considerados expertos en materia de Pereza. Se los consulta todo el tiempo sobre el tema, no sólo en busca de asesoramiento gratis, sino para que hablen en los simposios sobre la Pereza, encabecen fuerzas contra la Pereza enviadas en una misión especial, o declaren como testigos expertos en audiencias sobre la Pereza. El estereotipo surge en parte debido a nuestra presencia conspicua en empleos donde la paga es por palabra y donde los límites de tiempo son apretados y definitivos. Se supone que sabemos mucho acerca del trabajo a destajo y la convertibilidad del tiempo y el dinero. Además, está todo ese sugestivo folklore alrededor del bloqueo del escritor, enfermedad que a veces se resuelve sola de manera dramática y sin previa advertencia, como la constipación, razón por la cual goza de amplia simpatía entre los lectores.

El bloqueo del escritor, no obstante, es un viaje al parque de temas de su propia elección, junto con el pecado mortal que lo produce. Como cada uno de los otros siete, la Pereza era considerada progenitora de toda una familia de pecados menores, o veniales, entre ellos el Ocio, la Modorra, el Desasosiego Corporal, la Inestabilidad y la Locuacidad. *Acedia* en latín significa tristeza, deliberadamente autodirigida, desviada de Dios, una pérdida de determinación espiritual que luego, en el proceso, se autoalimenta, y que pronto produce lo que se conoce como culpa y depresión, y que con el tiempo nos lleva a un estado en el que haremos cualquier cosa en forma de pecado venial y mal razonamiento, para evitar esa incomodidad.

Pero la progenie de la Pereza –para parafrasear a los Shangri-Las– no siempre es mala. Por ejemplo, está lo que Aquino denomina Desasosiego de la Mente, o "el precipitarse tras varias cosas sin rima ni razón", lo que, "si pertenece al poder imaginativo... se llama curiosidad". Es, por supuesto, precisamente en tales episodios de viajes mentales en los que los escritores realizan un buen trabajo, a veces el mejor de todos, donde resuelven problemas formales, reciben consejos del Más Allá, y tienen aventuras hipnagógicas que con suerte podrán ser recuperadas más tarde. En esencia, nuestra tarea tiene que ver, con frecuencia, con el ensueño ocioso. Vendemos nuestros sueños. De manera que el verdadero dinero procede, en realidad, de la Pereza, aunque tal transformación al parecer resulta más sorprendente en el sector del entretenimiento, donde los ociosos ejercicios de locuacidad alrededor de la piscina no con poca frecuencia han generado millones y millones de dólares de renta.

Como tópico para la narrativa, la Pereza ha tenido algunos grandes éxitos en los pocos siglos posteriores a Aquino, entre ellos notablemente *Hamlet*, pero no fue sino hasta que llegó a las costas de Estados Unidos cuando dio el siguiente paso importante en su evolución. Entre el excitado aforista de Franklin, el Pobre Ricardo, y el condenado escribiente de Melville, Bartleby, se extiende casi un siglo de la historia de los comienzos estadounidenses, hasta la consolidación del país como un estado capitalista cristiano, cuando la *acedia* estaba en las últimas etapas en su transformación de condición espiritual a secular.

En los tiempos de Franklin, Filadelfia respondía cada vez menos a la visión religiosa con que la había iniciado William Penn. La ciudad se iba convirtiendo en una especie de máquina de alta producción: por una parte entraban los materiales y el trabajo, y por la otra salían las mercaderías y servicios, mientras que el tráfico fluía activamente por el circuito cuadricular de las calles de la ciudad. El laberinto urbano de Londres, que conducía a toda clase de ambigüedades y, por cierto, de males, había sido rectificado en Filadelfia, y todo allí era recto, ortogonal. (Dickens, que la visitó en 1842, comentó: "Después de caminar por ella por un par de horas me sentí dispuesto a dar cualquier cosa por una calle sinuosa".) Las cuestiones espirituales no eran tan inmediatas como las materiales, por ejemplo, la productividad. La Pereza ya no era tanto un pecado contra Dios o algún bien espiritual, sino contra una clase particular de tiempo, uniforme, en un solo sentido, por lo general no reversible, es decir, contra la hora del reloj, que hacía que todo el mundo fuera a la cama temprano y se levantara temprano. El Pobre Ricardo no fue tímido al expresar su desaprobación de la Pereza. Cuando no repetía los muy conocidos proberbios británicos referidos al tema, agregaba estallidos de su propia autoría, propios del Gran Despertar religioso: "¡Ay, holgazán! ¿Crees tú que Dios te habría dado brazos y piernas si no era su voluntad que los utilizaras?". Bajo el rubato del día latía un pulso severo, ineluctable, implacable, por el cual todo lo que se evadiera o pospusiera hoy debía ser compensado luego, con un ritmo mayor de intensidad. "Tú puedes demorar, pero el tiempo no se demora". Y la Pereza, por el hecho de ser una evasión continua, no hacía más que aumentar y apilarse como el déficit de un presupuesto, mientras que las dimensiones del inevitable pago se hacían cada vez menos misericordiosas.

En la concepción del tiempo que empezó a dominar la vida ciudadana en la época del Pobre Ricardo, donde cada segundo era de la misma extensión e irrevocabilidad, no había gran parte del curso de su fluir que pudiera denominarse no lineal, a menos que se contara la ingobernable urdimbre de los sueños de la que el Pobre Ricardo poco se ocupaba. En la concordancia de sus dichos, preparada por Frances M. Barbour en 1974, no se encuentra ni siquiera una cita bajo el título de "Sueños", pues en ese entonces los sueños eran tan mal vistos como su compañero frecuente, el dormir, que era considerado tiempo que se perdía para acumular riqueza, tiempo que debía ser diezmado y compensado con veinte horas de vigilia productiva. Durante los años del Pobre Ricardo, Franklin, según la *Autobiografía*, se permitía dormir entre la 1 y las 5 de la mañana. El otro bloque importante de tiempo no dedicado al trabajo, también de cuatro horas, era entre las 21 y la 1, y estaba dedicado a la Pregunta Vespertina: "¿Qué bien he hecho hoy?". Esta debe de haber sido la única ocasión diaria para caer en el ensueño, ya que no había otra oportunidad para especulaciones, sueños, fantasías, o ficción. Se suponía que en esa máquina ortogonal la vida era no ficción.



Por Thomas Pynchon

Para la época de *Bartleby, el escribiente, un relato de Wall Street* (1853), la *acedia* había perdido ya el último vestigio de reverberación religiosa, para convertirse en una ofensa contra la economía. En el corazón mismo del capitalismo de los "ladrones barones de la in-

PEREZA

En su clásica discusión sobre el tema en la *Summa Theologica*, Tomás de Aquino califica a la Pereza, o *acedia*, como uno de los siete pecados capitales. Sostiene que "capital" significa "primario", o "a la cabeza", porque tales pecados dan origen a otros, pero debajo de su argumento, aunque sin perjudicar el poder del mismo, resuena un sentido adicional, y más oscuro, pues el término también quiere decir "merecedor del castigo capital". De allí el término equivalente: "mortal".

Pero, vamos, ¿no es un tanto extremo condenar a muerte por algo de tan poco peso como la Pereza? Imaginemos un diálogo entre dos condenados a muerte que esperan su fin en una mazmorra medieval. Uno le pregunta al otro:

–Mira, sin afán de ofender, ¿por qué te liquidan, después de todo?

–Ah, la historia de siempre. Vinieron en el momento equivocado, y yo terminé bajando la mitad de los hombres del alguacil con mi ballesta de dos codos; las saetas, de tres cuartos de pulgada, se dispararon con avance automático. Por ira, supongo... ¿y tú?

–Ah... bien... no fue por ira en mi caso...

–¡Ah! ¿Otro de esos casos de Pereza, verdad?

–...de hecho, ni siquiera fui yo.

–Uno nunca es, amigo. Mira, es casi la hora del almuerzo. ¿No serás escritor, por casualidad?

Los escritores, por supuesto, son considerados expertos en materia de Pereza. Se los consulta todo el tiempo sobre el tema, no sólo en busca de asesoramiento gratis, sino para que hablen en los simposios sobre la Pereza, encabecen fuerzas contra la Pereza enviadas en una misión especial, o declaren como testigos expertos en audiencias sobre la Pereza. El estereotipo surge en parte debido a nuestra presencia conspicua en empleos donde la paga es por palabra y donde los límites de tiempo son apretados y definitivos. Se supone que sabemos mucho acerca del trabajo a destajo y la convertibilidad del tiempo y el dinero. Además, está todo ese sugestivo folklore alrededor del bloqueo del escritor, enfermedad que a veces se resuelve sola de manera dramática y sin previa advertencia, como la constipación, razón por la cual goza de amplia simpatía entre los lectores.

El bloqueo del escritor, no obstante, es un viaje al parque de temas de su propia elección, junto con el pecado mortal que lo produce. Como cada uno de los otros siete, la Pereza era considerada progenitora de toda una familia de pecados menores, o veniales, entre ellos el Ocio, la Modorra, el Desasosiego Corporal, la Inestabilidad y la Locuacidad. *Acedia* en latín significa tristeza, deliberadamente autodirigida, desviada de Dios, una pérdida de determinación espiritual que luego, en el proceso, se autoalimenta, y que pronto produce lo que se conoce como culpa y depresión, y que con el tiempo nos lleva a un estado en el que haremos cualquier cosa en forma de pecado venial y mal razonamiento, para evitar esa incomodidad.

Pero la progenie de la Pereza –para parafrasear a los Shangri-Las– no siempre es mala. Por ejemplo, está lo que Aquino denomina Desasosiego de la Mente, o "el precipitarse tras varias cosas sin rima ni razón", lo que, "si pertenece al poder imaginativo... se llama curiosidad". Es, por supuesto, precisamente en tales episodios de viajes mentales en los que los escritores realizan un buen trabajo, a veces el mejor de todos, donde resuelven problemas formales, reciben consejos del Más Allá, y tienen aventuras hipnagógicas que con suerte podrán ser recuperadas más tarde. En esencia, nuestra tarea tiene que ver, con frecuencia, con el ensueño ocioso. Vendemos nuestros sueños. De manera que el verdadero dinero procede, en realidad, de la Pereza, aunque tal transformación al parecer resulta más sorprendente en el sector del entretenimiento, donde los ociosos ejercicios de locuacidad alrededor de la piscina no con poca frecuencia han generado millones y millones de dólares de renta.

Como tópico para la narrativa, la Pereza ha tenido algunos grandes éxitos en los pocos siglos posteriores a Aquino, entre ellos notablemente *Hamlet,* pero no fue sino hasta que llegó a las costas de Estados Unidos cuando dio el siguiente paso importante en su evolución. Entre el excitado aforista de Franklin, el Pobre Ricardo, y el condenado escribiente de Melville, Bartleby, se extiende casi un siglo de la historia de los comienzos estadounidenses, hasta la consolidación del país como un estado capitalista cristiano, cuando la *acedia* estaba en las últimas etapas en su transformación de condición espiritual a secular.

En los tiempos de Franklin, Filadelfia respondía cada vez menos a la visión religiosa con que la había iniciado William Penn. La ciudad se iba convirtiendo en una especie de máquina de alta producción: por una parte entraban los materiales y el trabajo, y por la otra salían las mercaderías y servicios, mientras que el tráfico fluía activamente por el circuito cuadricular de las calles de la ciudad. El laberinto urbano de Londres, que conducía a toda clase de ambigüedades y, por cierto, de males, había sido rectificado en Filadelfia, y todo allí era recto, ortogonal. (Dickens, que la visitó en 1842, comentó: "Después de caminar por ella por un par de horas me sentí dispuesto a dar cualquier cosa por una calle sinuosa".) Las cuestiones espirituales no eran tan inmediatas como las materiales, por ejemplo, la productividad. La Pereza ya no era tanto un pecado contra Dios o algún bien espiritual, sino contra una clase particular de tiempo, uniforme, en un solo sentido, por lo general no reversible, es decir, contra la hora del reloj, que hacía que todo el mundo fuera a la cama temprano y se levantara temprano. El Pobre Ricardo no fue tímido al expresar su desaprobación de la Pereza. Cuando no repetía los muy conocidos proberbios británicos referidos al tema, agregaba estallidos de su propia autoría, propios del Gran Despertar religioso: "¡Ay, holgazán! ¿Crees tú que Dios te habría dado brazos y piernas si no era su voluntad que los utilizaras?". Bajo el rubato del día latía un pulso severo, ineluctable, implacable, por el cual todo lo que se evadiera o pospusiera hoy debía ser compensado luego, con un ritmo mayor de intensidad. "Tú puedes demorar, pero el tiempo no se demora". Y la Pereza, por el hecho de ser una evasión continua, no hacía más que aumentar y apilarse como el déficit de un presupuesto, mientras que las dimensiones del inevitable pago se hacían cada vez menos misericordiosas.

En la concepción del tiempo que empezó a dominar la vida ciudadana en la época del Pobre Ricardo, donde cada segundo era de la misma extensión e irrevocabilidad, no había gran parte del curso de su fluir que pudiera denominarse no lineal, a menos que se contara la ingobernable urdimbre de los sueños de la que el Pobre Ricardo poco se ocupaba. En la concordancia de sus dichos, preparada por Frances M. Barbour en 1974, no se encuentra ni siquiera una cita bajo el título de "Sueños", pues en ese entonces los sueños eran tan mal vistos como su compañero frecuente, el dormir, que era considerado tiempo que se perdía para acumular riqueza, tiempo que debía ser diezmado y compensado con veinte horas de vigilia productiva. Durante los años del Pobre Ricardo, Franklin, según la *Autobiografía*, se permitía dormir entre la 1 y las 5 de la mañana. El otro bloque importante de tiempo no dedicado al trabajo, también de cuatro horas, era entre las 21 y la 1, y estaba dedicado a la Pregunta Vespertina: "¿Qué bien he hecho hoy?". Esta debe de haber sido la única ocasión diaria para caer en el ensueño, ya que no había otra oportunidad para especulaciones, sueños, fantasías, o ficción. Se suponía que en esa máquina ortogonal la vida era no ficción.



Por Thomas Pynchon

Para la época de *Bartleby, el escribiente, un relato de Wall Street* (1853), la *acedia* había perdido ya el último vestigio de reverberación religiosa, para convertirse en una ofensa contra la economía. En el corazón mismo del capitalismo de los "ladrones barones de la industria", el personaje que da nombre al relato contrae lo que resulta ser una *acedia* terminal. Es algo parecido a esos *westerns* donde el malhechor no hace más que tomar decisiones que lo llevan más y más cerca de un final desagradable. Bartleby se limita a permanecer sentado en una oficina de Wall Street, repitiendo: "Preferiría no hacerlo". A medida que van disminuyendo sus opciones, su empleador, un hombre de negocios y de sustancia, se ve obligado a cuestionar las premisas de su propia vida debido a este miserable escribiente (¡este escritor!) quien, si bien pertenece a la más baja estofa del capitalismo, aun así se niega a seguir interactuando con el orden cotidiano, ocasionando así una pregunta muy interesante: ¿quién es más culpable de Pereza, la persona que colabora con la raíz del mal, y que acepta las cosas tal cual son a cambio de una paga y una vida libre de problemas, o el que llega a no hacer nada, excepto persistir en su dolor? *Bartleby* es la primera gran épica de la Pereza moderna, que luego sería seguida por obras de autores como Kafka, Hemingway, Proust, Sartre, Musil y otros. Cada uno puede preparar una lista de autores favoritos después de Melville y tarde o temprano dará con un personaje cuyo dolor es reconocible como característico de nuestra propia época.

En este siglo hemos terminado por considerar a la Pereza como algo básicamente político, un fracaso del público, que permite la introducción de malas políticas y el surgimiento de malos regímenes: el nacimiento del fascismo en el mundo en las décadas de 1920 y 1930 quizá sea la mejor hora de la Pereza, aunque la era de Vietnam y los años de Reagan-Bush no le van en zaga. Tanto la ficción como la no ficción abunda en personajes que dejan de hacer lo que deberían hacer debido al esfuerzo que ello implicaría. ¿Cómo es posible que no reconozcamos a nuestro mundo? Las ocasiones para la decisión correcta se nos presentan todos los días, en lo público y lo privado, y las desechamos. La *acedia* es el vernáculo de la vida moral de cada día. Si bien no ha perdido su nota más profunda de angustia mortal, nunca es tan dolorosa como la desesperación declarada, ni tan real, pues es desesperación adquirida con un descuento, un rechazo deliberado de la fe en algo debido a los inconvenientes que presenta la fe para la lujuria o la ira de todo momento. La Pereza es la última defensa del pesimista compulsivo: permanece inmóvil y la hoja de la guadaña, de alguna manera, te pasará por alto. La Pereza es nuestro trasfondo de radiación, la estación fácil de escuchar, está en todas partes, y ya no la notamos.

Toda discusión de la Pereza en nuestros días es incompleta, por supuesto, si no consideramos la televisión, con sus dones de parálisis, junto con su criatura y simbión, las notorias Papas Fritas del Sofá. Los cuentos narrados en horas de ocio nos encuentran frente al aparato, supinos, como pienso quiropráctico, absorbiéndolo todo, representando en sentido contrario la transacción entre el sueño y la renta que fue la que inició estas sombras coloreadas para que nosotros pudiéramos alimentarnos sin una actitud crítica, cometiendo los otros seis pecados capitales en forma paralela: comer demasiado, envidiar a las personas célebres, codiciar productos, desear con lujuria las imágenes, sentir ira ante las noticias y creernos perversamente orgullosos por la distancia que logremos interponer entre nuestro sofá y lo que aparece en la pantalla.

Triste pero cierto. Sin embargo, sobre todo por la invención oportuna –¡ni un minuto demasiado pronto!– del control remoto y la videograbadora, quizás haya esperanzas, después de todo. El tiempo de la televisión ya no es el artículo lineal y uniforme de antes. No cuando tenemos selección instantánea de canales, rebobinado, avance veloz, etc. El tiempo del video puede ser moldeado al antojo de uno. Lo que antes parecía tiempo perdido e irrecuperable, ahora quizá no esté estructurado de manera tan simple. Si, según la tradición estadounidense de ocupación de tierras y de despojo de las mismas, la Pereza puede definirse como la creencia falsa de que el tiempo es otro recurso no finito, que podrá ser explotado siempre, entonces, al menos por ahora, quizás hayamos encontrado la ilusión, el efecto de controlar, revertir, retardar, acelerar y repetir el tiempo, e inclusive de imaginar que podemos escapar de él. Los pecados contra el tiempo del video tendrán que ser redefinidos de manera radical.

¿Estará por producirse alguna especie de cambio? Un número reciente de *The National Enquirer* anunciaba al ganador, entre mil, de su concurso para el Rey de las Papas Fritas de Sofá de los Estados Unidos. "Todo lo que hago es mirar televisión y trabajar", admite el ganador, un soltero de 35 años, que tiene tres televisores encendidos durante las 24 horas del día en su hogar de Fridley, Massachusetts, y mira un cuarto televisor en su lugar de empleo.

"No hay nada que me guste más que sentarme con un envase de seis latas de cerveza, unas papas fritas y el control remoto. La estación de televisión me hizo participar en un desfile por la ciudad. Fueron a mi casa, buscaron el sofá y lo pusieron sobre una carroza. Yo iba sentado en el sofá, con mi bata de baño."

Muy bien, pero ¿es un caso de Pereza? El cuarto televisor en el empleo, el hecho de que en dos oportunidades el teleadicto menciona que está sentado y no acostado sugieren algo diferente en este caso. El *surfing* de canales y el manejo de la videograbadora pueden requerir una percepción no lineal mayor que la compatible con el venerable pecado de la Pereza, una agudeza o tensión interior, como en quien adopta una postura yoga o está inmerso en la meditación zen. ¿Es que la Pereza está a punto de volver a ser trascendida? Otra posibilidad, por supuesto, es que no hayamos superado la *acedia* en absoluto, sino que ésta se haya retirado de su jurisdicción tradicional, la televisión, en busca de otros ambientes más sombríos, quizá los juegos de computación las religiones de las sectas, u oscuros antros de negociación en ciudades lejanas, lista para volver a emerger en una nueva forma para ofrecernos desesperación cósmica a bajo precio.

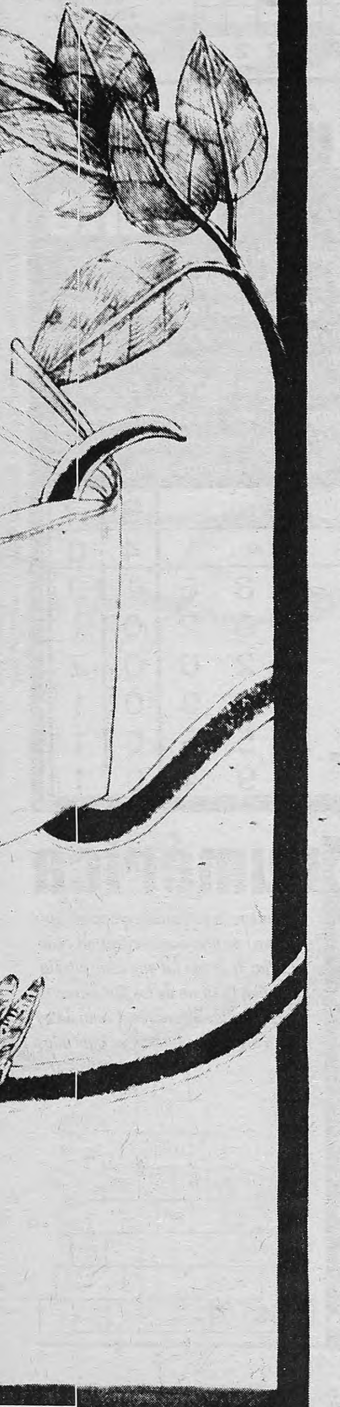
A menos que el estado de nuestra alma vuelva a ser un tema de seria preocupación, no hay duda de que la Pereza seguirá evolucionando, alejándose de sus orígenes en la era distante de la fe y el milagro, cuando el Espíritu Santo obraba visiblemente en la vida diaria, y el tiempo era un relato con principio, medio y fin. La creencia era intensa, la obligación profunda y fatal. El Dios cristiano estaba cerca. Se sentía. La Pereza –la tristeza desafiante frente a las buenas intenciones de Dios– era un pecado capital.

Quizás el futuro de la Pereza esté en pecar contra lo que ahora parece definirnos cada vez más: la tecnología. Si se persiste con tristeza ludita, a pesar de las buenas intenciones de la tecnología, terminaremos con la cabeza sumida en la realidad virtual, rehusando melancólicamente a dejarnos absorber por sus ociosas fantasías desechables, inclusive las que tienen que ver con superhéroes de la Pereza en los antiguos días de la Pereza con sus numerosas desventuras placenteras pero letales con los despiadados villanos del Escuadrón de la *Acedia*.

En "Pecados capitales", ocho escritores se reparten –a lo largo de siete ensayos y un poema sobre la desesperación– el examen, la crítica y hasta la celebración de comportamientos humanos y, por lo tanto, inevitables. El pequeño gran libro –que distribuirá Atlántida en marzo– se originó a partir de la convocatoria del "The New York Times". Este diario tentó a Thomas Pynchon, Mary Gordon, John Updike, William Trevor, Gore Vidal, Richard Howard, A.S. Byatt y Joyce Carol Oates y no demoró en organizar este perfecto encuentro de transgresores para la elaboración de un suplemento especial. Aquí se reproduce el despacho de uno de los más grandes y escurridizos escritores norteamericanos contemporáneos: Thomas Pynchon revela aquí las señas del pecado más frecuentado por todo aquel que se dedica a la ficción: la pereza.

Traducción de Rolando Costa Picazo
Ilustración de Etiene Delessert
Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Atlántida.

E Z A



dustria", el personaje que da nombre al relato contrae lo que resulta ser una *acedia* terminal. Es algo parecido a esos *westerns* donde el malhechor no hace más que tomar decisiones que lo llevan más y más cerca de un final desagradable. Bartleby se limita a permanecer sentado en una oficina de Wall Street, repitiendo: "Preferiría no hacerlo". A medida que van disminuyendo sus opciones, su empleador, un hombre de negocios y de sustancia, se ve obligado a cuestionar las premisas de su propia vida debido a este miserable escribiente (¡este escritor!) quien, si bien pertenece a la más baja estofa del capitalismo, aun así se niega a seguir interactuando con el orden cotidiano, ocasionando así una pregunta muy interesante: ¿quién es más culpable de Pereza, la persona que colabora con la raíz del mal, y que acepta las cosas tal cual son a cambio de una paga y una vida libre de problemas, o el que llega a no hacer nada, excepto persistir en su dolor? *Bartleby* es la primera gran épica de la Pereza moderna, que luego sería seguida por obras de autores como Kafka, Hemingway, Proust, Sartre, Musil y otros. Cada uno puede preparar una lista de autores favoritos después de Melville y tarde o temprano dará con un personaje cuyo dolor es reconocible como característico de nuestra propia época.

En este siglo hemos terminado por considerar a la Pereza como algo básicamente político, un fracaso del público, que permite la introducción de malas políticas y el surgimiento de malos regímenes: el nacimiento del fascismo en el mundo en las décadas de 1920 y 1930 quizá sea la mejor hora de la Pereza, aunque la era de Vietnam y los años de Reagan-Bush no le van en zaga. Tanto la ficción como la no ficción abunda en personajes que dejan de hacer lo que deberían hacer debido al esfuerzo que ello implicaría. ¿Cómo es posible que no reconozcamos a nuestro mundo? Las ocasiones para la decisión correcta se nos presentan todos los días, en lo público y lo privado, y las desechamos. La *acedia* es el vernáculo de la vida moral de cada día. Si bien no ha perdido su nota más profunda de angustia mortal, nunca es tan dolorosa como la desesperación declarada, ni tan real, pues es desesperación adquirida con un descuento, un rechazo deliberado de la fe en algo debido a los inconvenientes que presenta la fe para la lujuria o la ira de todo momento. La Pereza es la última defensa del pesimista compulsivo: permanece inmóvil y la hoja de la guadaña, de alguna manera, te pasará por alto. La Pereza es nuestro trasfondo de radiación, la estación fácil de escuchar, está en todas partes, y ya no la notamos.

Toda discusión de la Pereza en nuestros días es incompleta, por supuesto, si no consideramos la televisión, con sus dones de parálisis, junto con su criatura y simbión, las notorias Papas Fritas del Sofá. Los cuentos narrados en horas de ocio nos encuentran frente al aparato, supinos, como pienso quiropráctico, absorbiéndolo todo, representando en sentido contrario la transacción entre el sueño y la renta que fue la que inició estas sombras coloreadas para que nosotros pudiéramos alimentarnos sin una actitud crítica, cometiendo los otros seis pecados capitales en forma paralela: comer demasiado, envidiar a las personas célebres, codiciar productos, desear con lujuria las imágenes, sentir ira ante las noticias y creernos perversamente orgullosos por la distancia que logremos interponer entre nuestro sofá y lo que aparece en la pantalla.

Triste pero cierto. Sin embargo, sobre todo por la invención oportuna –¡ni un minuto demasiado pronto!– del control remoto y la videograbadora, quizás haya esperanzas, después de todo. El tiempo de la televisión ya no es el artículo lineal y uniforme de antes. No cuando tenemos selección instantánea de canales, rebobinado, avance veloz, etc. El tiempo del video puede ser moldeado al antojo de uno. Lo que antes parecía tiempo perdido e irrecuperable, ahora quizá no esté estructurado de manera tan simple. Si, según la tradición estadounidense de ocupación de tierras y de despojo de las mismas, la Pereza puede

En "Pecados capitales", ocho escritores se reparten –a lo largo de siete ensayos y un poema sobre la desesperación– el examen, la crítica y hasta la celebración de comportamientos humanos y, por lo tanto, inevitables. El pequeño gran libro –que distribuirá Atlántida en marzo– se originó a partir de la convocatoria del "The New York Times". Este diario tentó a Thomas Pynchon, Mary Gordon, John Updike, William Trevor, Gore Vidal, Richard Howard, A.S. Byatt y Joyce Carol Oates y no demoró en organizar este perfecto encuentro de transgresores para la elaboración de un suplemento especial. Aquí se reproduce el despacho de uno de los más grandes y escurridizos escritores norteamericanos contemporáneos: Thomas Pynchon revela aquí las señas del pecado más frecuentado por todo aquel que se dedica a la ficción: la pereza.

definirse como la creencia falsa de que el tiempo es otro recurso no finito, que podrá ser explotado siempre, entonces, al menos por ahora, quizás hayamos encontrado la ilusión, el efecto de controlar, revertir, retardar, acelerar y repetir el tiempo, e inclusive de imaginar que podemos escapar de él. Los pecados contra el tiempo del video tendrán que ser redefinidos de manera radical.

¿Estará por producirse alguna especie de cambio? Un número reciente de *The National Enquirer* anunciaba al ganador, entre mil, de su concurso para el Rey de las Papas Fritas de Sofá de los Estados Unidos. "Todo lo que hago es mirar televisión y trabajar", admite el ganador, un soltero de 35 años, que tiene tres televisores encendidos durante las 24 horas del día en su hogar de Fridley, Massachusetts, y mira un cuarto televisor en su lugar de empleo.

"No hay nada que me guste más que sentarme con un envase de seis latas de cerveza, unas papas fritas y el control remoto. La estación de televisión me hizo participar en un desfile por la ciudad. Fueron a mi casa, buscaron el sofá y lo pusieron sobre una carroza. Yo iba sentado en el sofá, con mi bata de baño."

Muy bien, pero ¿es un caso de Pereza? El cuarto televisor en el empleo, el hecho de que en dos oportunidades el teleadicto menciona que está sentado y no acostado sugieren algo diferente en este caso. El *surfing* de canales y el manejo de la videograbadora pueden requerir una percepción no lineal mayor que la compatible con el venerable pecado de la Pereza, una agudeza o tensión interior, como en quien adopta una postura yoga o está inmerso en la meditación zen. ¿Es que la Pereza está a punto de volver a ser trascendida? Otra posibilidad, por supuesto, es que no hayamos superado la *acedia* en absoluto, sino que ésta se haya retirado de su jurisdicción tradicional, la televisión, en busca de otros ambientes mássombríos, quizá los juegos de computación las religiones de las sectas, u oscuros antros de negociación en ciudades lejanas, lista para volver a emerger en una nueva forma para ofrecernos desesperación cósmica a bajo precio.

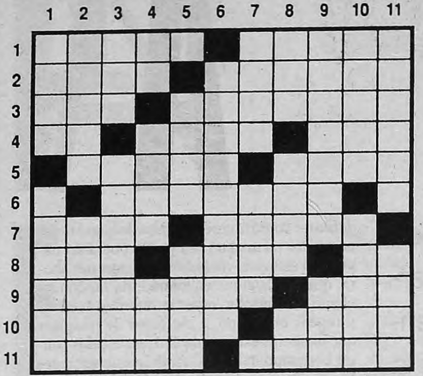
A menos que el estado de nuestra alma vuelva a ser un tema de seria preocupación, no hay duda de que la Pereza seguirá evolucionando, alejándose de sus orígenes en la era distante de la fe y el milagro, cuando el Espíritu Santo obraba visiblemente en la vida diaria, y el tiempo era un relato con principio, medio y fin. La creencia era intensa, la obligación profunda y fatal. El Dios cristiano estaba cerca. Se sentía. La Pereza –la tristeza desafiante frente a las buenas intenciones de Dios– era un pecado capital.

Quizás el futuro de la Pereza esté en pecar contra lo que ahora parece definirnos cada vez más: la tecnología. Si se persiste con tristeza ludita, a pesar de las buenas intenciones de la tecnología, terminaremos con la cabeza sumida en la realidad virtual, rehusando melancólicamente a dejarnos absorber por sus ociosas fantasías desechables, inclusive las que tienen que ver con superhéroes de la Pereza en los antiguos días de la Pereza con sus numerosas desventuras placenteras pero letales con los despiadados villanos del Escuadrón de la *Acedia*.

Traducción de Rolando Costa Picazo
Ilustración de Etiene Delessert
Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Atlántida.

JUEGOS

ortodoxo



HORIZONTALES

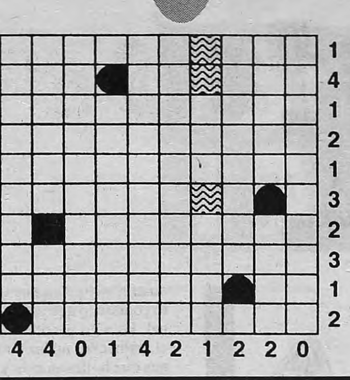
1. Hoja sutil de masa de harina y agua, cocida en molde./ Cortar el pelo a raíz.
2. Disco del ojo./ Cálculo supersticioso para adivinar algo.
3. Corriente de agua dulce./ Aparatos para detectar objetos a distancia.
4. Campeón./ Apetito desordenado de comer y beber./ Letra griega.
5. Variedad de cuarzo./ Composición lírica (pl.).
6. Loado.
7. Corta árboles./ Planta gramínea.
8. Dueño./ Casualidad./ Forma del pronombre personal de tercera persona.
9. Ciudad principal de un país./ Amarro.
10. Aleros de los tejados./ Verbal.
11. Reunión nocturna de personas distinguidas./ Elemento químico que se usa en la depuración de aguas.

VERTICALES

1. Percibirá sonidos./ Agredes.
2. Viento suave./ Quiérela mucho.
3. Porción de ropas atadas./ Ir el caballo en su marcha más rápida.
4. Existe./ Vestido lucido./ Cólera.
5. Carretera./ No creyente.
6. Fruto de la calabacera (pl.).
7. Ensenada donde los barcos pueden estar fondeados./ Garantía.
8. Manto de los beduinos./ Río de Alemania y Polonia./ Desinencia de alcoholes.
9. Pared para fusilamiento./ Argolla.
10. Membrana externa de que se valen los peces para nadar./ Ara consagrada, en el templo católico.
11. Igualase con el rasero./ Dios de los vientos.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





correspondencias

Señale las relaciones sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Las frutas y sus nombres

1. Pomelo	A. Melocotón
2. Damasco	B. Aguacate
3. Palta	C. Albaricoque
4. Durazno	D. Toronja

Artes y Ciencias

1. Cinegética	A. De cazar
2. Heurística	B. De inventar
3. Hermenéutica	C. De interpretar los textos
4. Cinética	D. Estudia el movimiento.

Monstruos del cine

1. Freddy	A. Bela Lugosi
2. Drácula	B. Robert Englund
3. La Momia	C. Lon Chaney
4. El Fantasma de la Opera	D. Boris Karloff

Literatura infantil

1. "Pinocho"	A. Andersen
2. "La Cenicienta"	B. Grimm
3. "El patito feo"	C. Collodi
4. "Blancanieves"	D. Perrault

académico

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cincos B, y cinco C.

1. **Ñandutí** - **A:** Encaje fino de origen paraguayo. **B:** Arbol de madera rojiza y dura.. **C:** Buho, lechuzón.
2. **Oblada** - **A:** Hoja delgada de masa. **B:** sesgada. **C:** Ofrenda que se da en la iglesia.
3. **Onomancia** - **A:** Adivinación por el nombre. **B:** Adivinación por los sueños. **C:** Adivinación por las líneas de la mano.
4. **Paresa** - **A:** Parálisis. **B:** Mujer de un par de Inglaterra. **C:** Parecido físico.
5. **Pelitrique** - **A:** Pelmazo. **B:** De pelo muy tieso. **C:** Fam., cosa de muy poco valor.
6. **Pigre** - **A:** Sabio. **B:** Negligente. **C:** Elevado.
7. **Propergol** - **A:** Delantero de un equipo de fútbol. **B:** Que tiene propensión a una cosa. **C:** Material que mantiene el movimiento de un cohete.
8. **Pueril** - **A:** Del niño. **B:** Del anciano. **C:** Del cerdo.
9. **Rayano** - **A:** Que tiene rayas. **B:** Cercano. **C:** Rayuela, juego.
10. **Reich** - **A:** Batalla. **B:** General. **C:** Imperio.
11. **Repulsa** - **A:** Negativa, resistencia. **B:** Repugnancia. **C:** Borde que tienen las empanadas.
12. **Sapillo** - **A:** Batracio anuro de menos de dos años. **B:** Tumorcillo en la lengua. **C:** Sabroso.
13. **Speech** - **A:** Locutor. **B:** Boxeador que entrena a otro. **C:** Pequeño discurso.
14. **Trémolo** - **A:** Tembloroso. **B:** Repetición rápida de un mismo sonido. **C:** Resina semilíquida que se extrae de las coníferas.
15. **Vacarí** - **A:** De cuero de vaca. **B:** Relativo a la vacuna. **C:** Manada de vacas.

CALIFICACION

15 puntos ______________ académico
11 a 14 ______________ maestro
6 a10 ______________ bachiller
5 o menos ______________ alumno

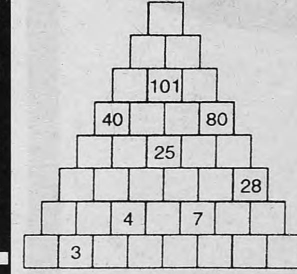
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
3	4	8	6	1	0
9	5	6	2	0	1
1	7	2	0	0	2
2	6	8	9	0	1
1	2	5	6	0	1
8	7	9	4	0	1

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

solución

Soluciones de los juegos publicados en la edición del martes

batalla naval

académico

1. B. 2. C. 3. A. 4. C. 5. A. 6. B. 7. C. 8. B. 9. A. 10. A. 11. B. 12. C. 13. A. 14. B. 15. C.

correspondencia

Revistas famosas: 1-C; 2-A; 3-B; 4-D **Campeones mundiales de fútbol:** 1-D; 2-B; 3-A; 4-C. **El teatro en el cine:** 1-A; 2-D; 3-C; 4-B. **Suicidas famosos y sus métodos:** 1-B; 2-C; 3-D; 4-A.

ortodoxo

C■ZAPATOS■P
ALAMO■ACIDO
SIR■LAR■NOS
ER■FELIZ■MA
RAJAR■MOJAD
O■AMA■ANO■A
■OCA■E■AYA■
ARA■OLA■ARO
TASAR■DOSIS
ET■SALIR■DO
NEGAR■ROTOS

número oculto

8436

pirámide numérica

415
192 223
96 96 127
53 43 53 74
31 22 21 32 42
18 13 9 12 20 22
10 8 5 4 8 12 10
7 3 5 0 4 4 8 2